

Imaginar el pasado para hacer la historia



Pablo Aravena Núñez

Doutor em Estudos Latinoamericanos por la Universidad de Chile (UC). Professor dos cursos de graduação em História e Ciências Sociais, do Mestrado em Estudos Históricos na Universidad de Valparaíso e do Doutorado em História na Universidad de Tarapacá/Chile. Autor, entre otros libros, de *Vivir sin lengua*: cuando el tiempo ya no hace historia. Valparaíso: Inubicalistas, 2023. pablo.aravena@uv.cl

Imaginar el pasado para hacer la historia

Imagine the past to make history

Pablo Aravena Núñez

TOZZI THOMPSON, Verónica (comp.). *El futuro práctico de la nueva filosofía de la historia*. Buenos Aires: Prometeo, 2022, 446 p.



En un contexto de extrema precariedad y violencia, detenerse a pensar en el pasado puede parecer un lujo, [pero] las narraciones del pasado construyen no solo pasados, sino también futuros.¹

El futuro práctico de la nueva filosofía de la historia tiene su origen en la coincidencia entre la conmemoración de los cincuenta años de la aparición de *Metahistoria*² (la paradigmática obra de Hayden White), y los veinte que cumple el grupo de investigación argentino que lleva ese mismo nombre (“Meta-historias”). Esta obra colectiva, compilada por Verónica Tozzi Thompson, es un homenaje al principal teórico de la historia del siglo XX, y este, mi texto de “comentario/ensayo”, también quiere serlo.

El libro se abre, literalmente, en la primera página de su introducción, con la referencia a un evento en el que me descubrí – a veinticuatro años ya – implicado como el extra de una película: la visita de White a Buenos Aires el año 2000 en el contexto del I Congreso Internacional de Filosofía de la Historia, en el que la mayor parte del citado grupo de estudios lo conoció personalmente. En dicha ocasión también tuve la suerte de conocerle (aunque “desde la última fila”), era la primera vez que yo viajaba a Buenos Aires, como estudiante de último año de la carrera de historia, a exponer un modesto trabajo, a exponer como excusa, porque en verdad viajaba tentado por la posibilidad de algún encuentro con unos autores sacados de una bibliografía inexistente en las asignaturas que cursé regularmente. Era una bibliografía de joven escéptico y autodidacta, pues me parece que la siguiente escena era común en muchos departamentos de historia en la década de los noventa: en el caso que alguien ahí dentro conociera a White, lo descartaba de inmediato por posmoderno (se le achacaba el pecado de homologar historia a literatura).

Cuando he señalado arriba que pude conocer a White, no me refiero sólo a que pude verlo y escucharlo en algunas de las mesas de aquel Congre-

¹ PÉREZ, Moira. Historia desde los márgenes, nuevos horizontes y resistencias: reflexiones políticas y epistemológicas para el futuro práctico”. In: TOZZI THOMPSON, Verónica (comp.). *El futuro práctico de la nueva filosofía de la historia*. Buenos Aires: Prometeo, 2022, p. 372 y 373.

² WHITE, Hayden. *Metahistoria: la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 1992 [1973].

so. Alguien corrió la voz de que en las tardes daría un pequeño seminario en el local de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Buenos Aires, al que llegué, y, con un grupo que no pasaban las quince personas, White comenzó por repartirnos un par de páginas fotocopiadas de “Los hundidos y los salvados”, el famoso capítulo de *Si esto es un hombre*, de Primo Levi. El objeto de dicho seminario era invertir nuestra valoración del realismo mediante el desarrollo de la tesis que afirmaba que por el lenguaje figurativo era posible obtener más verdad que por la descripción literal. Y así, de la mano de White, leímos varios pasajes de Primo Levi, como el que sigue:

*Henri es en cambio eminentemente social y culto, y su estilo de supervivencia en el Lager cuenta con una teoría completa y orgánica. [...] Según la teoría de Henri, para huir de la aniquilación tres son los métodos que el hombre puede poner en práctica sin dejar de ser digno de llamarse hombre: la organización, la compasión y el hurto. Él mismo practica los tres. [...] Henri tiene el cuerpo y la cara delicados y sutilmente perversos del San Sebastián de Sodoma: sus ojos son negros y profundos, todavía no tiene barba, se mueve con lánguida y natural elegancia [...] Como el icneumon paraliza a las gordas orugas peludas hiriéndolas en su único ganglio vulnerable, así aprecia Henri, con una mirada, al sujeto, son type; le habla brevemente, a cada uno con el lenguaje apropiado, y el type es conquistado: escucha con creciente simpatía, se conmueve con la suerte del joven desventurado, y no hace falta mucho tiempo para que empiece a rendirle provecho. [...] Y aquí está de nuevo, cerrado en la armadura, el enemigo de todo, inhumanamente astuto e incomprensible como la serpiente en el Génesis.*³

Lo que hizo White en aquel pequeño seminario fue poner en la práctica lo que cuatro años más tarde plasmó en su trabajo “Realismo figural en la literatura testimonial”. Es citando este texto posterior que aquí reconstruyo el cómo White concluyó aquel ejercicio pedagógico:

*Henri es exitosamente “reducido”, primero, al ser comparado con la pintura de (la homosexualidad cifrada) “San Sebastián”, del (homosexual notorio) pintor del siglo dieciséis “Sodoma” (Giovanni Antonio Bazzi, d. 1549), y luego figurado como un insecto-violador que mata a sus presas “penetrando” y plantando sus huevos dentro de ellas; y después, finalmente, definido como el tipo de seductor diabólico representado por la serpiente en el Jardín del Edén. [...] “esta secuencia de figuraciones es completamente y explícitamente referencial [...] es más, en la medida en que expresa la acusación moral que inspira su forma, puede decirse que es incluso más ‘objetivo’ que lo que sería cualquier intento de una descripción literal ¿Por qué Levi no quiere ver a Henri nuevamente?”*⁴

Pero ¿por qué demorarme en lo que parece una anécdota? Pues porque creo que, de todos los problemas y soluciones aportadas por White, este es el que recorre con mejor claridad la mayoría de los textos reunidos en el presente libro, quizá de manera aún más clara en los cuestionamientos a la lógica representacional de la historia (realismo) que podemos encontrar en los trabajos abocados a la relación cine e historia (de Kalle Pinlaine, Natalia Taccetta y Gilda Bevilaqua), y sus apuestas por la vanguardia, el anacronismo y la ima-

³ LEVI, Primo. *Si esto es un hombre*. Barcelona: Ediciones de Bolsillo, 2005, p. 58.

⁴ WHITE, Hayden. Realismo figural en la literatura testimonial. In: *Ficción histórica, historia ficcional y realidad histórica*. Buenos Aires: Prometeo, 2010, p. 198-200.

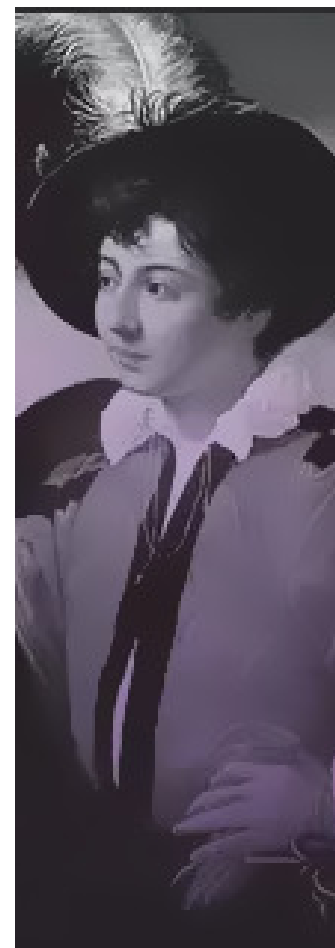
gen dialéctica, pero también con una notoria pertinencia en los trabajos sobre historiografía y literatura (Aitor Bolaños de Miguel, Paul A. Roth y Omar Murad). ¿Cuál es el problema con el realismo a la hora de componer un relato? Dicho rudimentariamente: el problema con el realismo es que no optamos por él, sino que lo asumimos como la única forma posible, pero ello supone, en principio al menos, la solidaridad del texto con la estructura de la sociedad en que fue concebido, de aquí que asumir formas experimentales de representación sea una apuesta no puramente estética sino además política.

Me he detenido también en este episodio de la obra de White, porque creo que constituye una respuesta incontestable a quienes, desde una historiografía sin imaginación, o no dispuesta a tomar riesgos epistemológicos, se afirman en la verdad de unos hechos recortados de los documentos y pegados en los libros de historia. Frente a la lectura de White (que pone énfasis en el alto contenido referencial del lenguaje figurativo), los hechos amontonados por dicha práctica vetusta se revelan como una verdad incompleta e incapaz de abrir la complejidad de lo real. La verdad de los hechos de historiografía tradicional resulta de la falta de voluntad de aprender a leer de esos historiadores.

Ya en esta pista, de las cosas que creen acerca de su propio oficio los historiadores, podemos traer acá una serie de trabajos que vuelven a lo que podríamos llamar la dimensión epistemológica de la historiografía, principalmente los contenidos en la cuarta parte del libro, me refiero a los textos de Ewa Domanska, Jouni-Matti Kukkanen y María de los Ángeles Martini. En efecto en todos ellos hay una vuelta a la cuestión de la huella, la fuente y la inferencia, es decir a las formas en que es posible, de manera fiable, el conocimiento del pasado. Pero, así como existen las cosas que los historiadores imaginan que hacen, para hacer efectivamente otras (o las contrarias), están aquellos procedimientos que efectúan, con bastante sofisticación, pero sin ser conscientes de ellos, ni de la trascendencia que dichas operaciones pueden tener para campos adyacentes a la disciplina, o para la propia vida de cada cual.

Hasta hace no mucho tiempo era imposible postular el pasado como una “construcción”. Los viejos historiadores siguen hoy sin aceptarlo (tal como no aceptan, bajo ningún punto, lo que pueda haber en común entre historia y literatura). Pero creo que la idea de que el pasado pueda ser una construcción suena todavía extraña también para los hombres y mujeres comunes y corrientes (especialistas y no especialistas se encuentran en esta pieza del sentido común): “¿Cómo es eso de que el pasado se construye? ¿No son los historiadores los especialistas en su reconstrucción para darnos una versión verás de lo que pasó?”

Afirmar que la historia construye, es decir que ficciona (*fictio* en latín quiere decir conformar, modelar, construir, y no meramente fantasear), no equivale a afirmar que inventa deliberadamente (caricatura que no tiene que ver con White, sino con los miedos atávicos de los historiadores). Si aseveramos que la historia construye, y que no meramente reconstruye, no es por una adhesión inmediata a lo que se suele llamar “narrativismo”, sino tan solo por guardar fidelidad con los procedimientos que efectúa en su práctica concreta la historiografía tradicional. Pues, ¿con qué materiales trabaja? Ante todo, con fragmentos presentes de un pasado inexistente. Son fragmentos siempre heterogéneos con los que se debe tratar de conformar un cuadro inteligible del



pasado, y para ello tiene esos fragmentos, pero también su imaginación, lo que aquí no oscurece nada, antes bien, es la condición misma de su conocimiento (del mismo modo que la formulación de una hipótesis posibilita el conocimiento en las ciencias).

White, en “Construcción histórica”, conferencia central de aquel congreso del 2000, compilada luego en un volumen a cargo de Manuel Cruz y Daniel Brauer⁵, desmitifica el proceso de composición del pasado que siempre se ejecuta en lo que el historiador llama “reconstrucción” (éste cree estar cerca del procedimiento del arqueólogo que encuentra un pasado oculto entre escombros que sólo debe remover). El asunto es que tampoco el arqueólogo se remite a dicho procedimiento tan elemental. Y esto no es de White, sino de mis observaciones propias: el arqueólogo más bien trabaja sobre unos pocos fragmentos dispersos de lo que – por ejemplo – pudo ser una vasija... son muy pocos y aislados, los dispone en el suelo y, siguiendo la curvatura de cada uno, los distribuye para trazar un dibujo y esbozar la forma de lo que alguna vez existió. Ya en su laboratorio el arqueólogo puede construir un modelo tridimensional y consigue proyectar con mayor precisión las curvas y “rellenar” con acrílico todo lo que falta entre fragmento y fragmento. Y aquí el problema: si el arqueólogo ha puesto más del ochenta por ciento del material de la vasija, ¿la ha reconstruido o la ha construido? ¿Cuánto pasado y cuanto presente hay en ella? Y, si es más bien una construcción, esta ¿ha sido arbitraria? ¿No se aproxima mejor a la construcción de una hipótesis científica que sigue la dirección de los datos disponibles (datos a su vez posibles por una teoría anterior)? El historiador no hace algo tan distinto, siempre aporta mucho más de “lo que encuentra”.⁶

Historiadores e historiadoras deben poner “lo que falta” para hacer inteligible una realidad que, de otro modo, de ceñirse nada más que a lo disponible, no podrían hablarnos. Sin embargo, “lo que falta” tampoco es algo que meramente se infiere (algo “del pasado”), sino que constituye –no pocas veces– un espacio de proyección propia (presente) a ese pasado. Habrá que insistir: pese a la idea que se haga de su trabajo, para el historiador la imaginación (algo distinto que la fantasía) no es un lastre, sino la condición misma de su conocimiento: “sus construcciones pueden lograrse sólo sobre la base de construcciones, tanto imaginativas o poéticas, como racionales o científicas”, sostiene White.⁷

Una última veta que descubro en este libro es la ligada a lo que se suele llamar “uso público de la historia”. Es esto lo que veo en la preocupación de Pereira y Araujo por la llegada del actualismo, propio de la era digital y su pérdida de la experiencia del tiempo por una radical acentuación de la lógica del progreso, que se percibe como aceleración pura: como la caducidad inmediata de todo lo que nos acompañaba. Nada logra ya durar. Lo mismo con los avances y retiradas paulatinas de la idea de género en tanto “construcción histórica” del texto de María Inés la Greca: las retiradas marcan momentos dogmáticos en donde el género y las relaciones sociales se naturalizan dando pie a autoritarismos varios. Y, desde luego, en la suspensión del tiempo secu-

⁵ Ver CRUZ, Manuel y BRAUER, Daniel (comps.). *La comprensión del pasado*. Barcelona: Herder, 2005.

⁶ Al respecto, ver WHITE, Hayden. *Construcción histórica*. In: CRUZ, Manuel y BRAUER, Daniel, *op. cit.*

⁷ *Idem, ibidem*, p. 44.

lar, tratada por María Inés Mudrovcic, dado el avance de “lo religioso” en medio de fenómenos más o menos patológicos de la política contemporánea: el apoyo evangélico a Bolsonaro ha de ser pensado en toda su significación. Por su parte, los textos con los que concluye este libro, de Moira Pérez y Verónica Tozzi Thompson, me parece que afrontan la cuestión del uso público de la historia de modo más directo: la cita de la primera autora, que he dispuesto a modo de epígrafe, da cuenta de la trascendencia de aquello que se juega cuando hacemos algo con nuestro pasado: el futuro, pues de toda narrativa del pasado se desprende, por interpolación, un futuro como “derivado”.

El capítulo final, a cargo de Verónica Tozzi Thompson, problematiza el dilema acerca de si fueron 8.000 o 30.000 los desaparecidos de la última dictadura argentina, desplazando el centro, de una cuestión numérica a la dimensión ética de la investigación histórica, pues el problema central no es tanto la cantidad de casos, como la práctica de la desaparición que implica indisponibilidad intencionada de registros y archivos. Sostener los 30.000 es un compromiso de investigación, e investigar es una forma de encarar el problema de que, si no podemos aclarar los casos, y hacer justicia, no hay mucha democracia que esperar, dado que para que esta exista de verdad se requiere garantizar un mínimo de seguridad para que la gente ejerza su rol de sujeto activo. Y entonces otra vez aquí el futuro, porque la imposición de una “lógica de contabilidad”, si bien adquiere su fas más aberrante a propósito de las violaciones a los Derechos Humanos ligadas a nuestras recientes dictaduras, extiende su sombra también en cada política que suprime derechos sociales apelando a la reducción de costos o la eficiencia. La lógica de contabilidad hoy es la forma en que avanza una política inhumana, pues, dicho en su propio lenguaje: hipoteca el futuro.

Resenha recebida em 20 de abril de 2024. Aprovada em 19 de maio de 2024.